

OLGA
SALAR

*Un beso
arriesgado*



Efrén Ventura, famoso músico de «rock» que tiene cautivado al público femenino, va a toparse con la prueba más dura a la hora de obtener inspiración para su próximo álbum: la bella joven que lo atrae y lo confunde es su mejor amiga... y periodista. Verónica, rubia y «sexy», conoció a Efrén por medio de una amiga en común del periódico donde trabaja, y las llamadas ocasionales se han ido transformando en largos ratos de secretos y confidencias.

Efrén es dulce, atractivo e irresistible, con un gran sentido del humor, pero no parece querer más que una amistad. Para colmo, el jefe de Verónica quiere que lo entreviste en calidad de superestrella.

Con el recelo que los famosos sienten hacia los periodistas... ¿Será posible cruzar esa barrera? Verónica cree que sabe todo de él, menos lo que siente de verdad cuando la mira.

Kilómetro Cero,
comienzo de los días que han de venir,
la lluvia que se derrama por ti.

ISMAEL SERRANO

A las personas que son tan parte de mí como estas letras.

Prólogo

*Mi objetivo eres tú.
No temas nada, nena.
Prometo hacerte gozar.
Tus sueños se harán realidad y, esta noche en
tu cama sabrás lo que es amar.*

EFRÉN VENTURA (CIRCUNSTANCIAS ATENUANTES),
Cazador de sueños.

Trabajar en un periódico se suponía que era una experiencia interesante, cargada de desafíos y de momentos de tensión, de noticias que cubrir y ruedas de prensa a las que asistir. Momentos históricos en los que participar y escándalos que destapar. No obstante, trabajar de becaria limitaba esos momentos a la mínima expresión. Tanto que los convertía en inexistentes.

Las tareas que le asignaban a Verónica Campos, en el periódico en el que realizaba sus prácticas, eran mortalmente aburridas: contestar al teléfono, ayudar a los redactores con las correcciones y, de vez en cuando, Luis, el director del periódico, le concedía algún artículo para que se sintiera parte de la plantilla. Una entrevista con un escritor novato o una nota sobre algún tema local.

Sin embargo, y a pesar de los momentos de tedio, ella estaba encantada con trabajar allí. Había aprendido más esos meses en la redacción que en los últimos cinco años

en la universidad. Puede que no tanto en términos técnicos: aún no sabía cómo redactar un buen texto, cómo citar correctamente. No obstante, sí que había asimilado cuáles eran las mejores preguntas para romper el hielo en una entrevista, cómo determinar si una fuente era de fiar o no... Pequeños detalles que marcaban la diferencia en un momento dado.

Desde el momento en que llegó, toda nervios e inseguridades, los compañeros la habían acogido con amabilidad. Incluso había llegado a trabar amistad con varios de ellos.

Pese a todo, si tenía que ser sincera consigo misma, la mejor parte del día era cuando el novio de Elba llamaba por teléfono para hablar con su chica. Era entonces cuando Verónica le encontraba utilidad a hacerse cargo de las llamadas que llegaban a la redacción, porque se encargaba de filtrarlas, y eso le permitía hablar unos minutos con él.

Sus primeras interacciones habían sido muy formales, a pesar de ser la que tomaba las notas de sus mensajes para Elba y de que algunos eran realmente curiosos. Se limitaban a los saludos de rigor seguidos de los mensajes, estrambóticos y originales. En una ocasión le había hecho escribir un fragmento de una canción de Alejandro Sanz que la había hecho suspirar durante días. Ni siquiera lo había visto en persona y Verónica ya sabía que quería tener una pareja como él: atenta, romántica y con una voz que la hiciera estremecer.

Después de asumir que era el hombre perfecto, se había dado de bruces con él en las escaleras del periódico y había descubierto que, además, era muy atractivo, detalle que terminó desencadenando que se sintiera culpable por pensar en él de un modo tan personal. De hecho ni siquiera se lo había contado a su mejor amiga, preocupada porque Carla pensara lo peor de ella.

Y es que Elba era una persona maravillosa, y no se merecía que Verónica fantaseara de ese modo con su novio. Quien, por cierto, hacía días que no daba señales de vida.

¿Se habría peleado la feliz pareja?, se preguntó, volviendo a sufrir un ataque de culpabilidad por el pensamiento.

Como si hubiera leído su mente, el teléfono comenzó a sonar y, al descolgarlo, escuchó la voz que tanto había recordado en los últimos días.

—Buenos días, Verónica.

El corazón de la rubia saltó en su pecho, acelerando sus latidos con el mero sonido de su nombre.

—Buenos días, Efrén. Elba no ha llegado todavía. ¿Quieres dejarle una nota? —ofreció eficientemente, aunque por dentro era un manojo de nervios.

Y lo que era peor, estaba expectante por descubrir lo que Efrén habría preparado para ese día.

—No, mejor no. Lo que tengo que decirle es mejor hacerlo en persona.

—¡Oh! Lo siento mucho —comentó Verónica con sinceridad.

—¿Qué sientes exactamente? —La risa se notaba a través de la línea.

—Bueno, has dicho que lo que tienes que decir ha de decirse en persona... Pensé que había fallecido alguien de la familia.

Ahora las carcajadas ocuparon toda la conversación. Efrén se reía con ganas, completamente despreocupado. La tensión por tener que confesarle a Elba que había malinterpretado sus sentimientos por ella se esfumó como por arte de magia.

—No me refería a eso, puedes estar tranquila, todos están bien.

—Me alegro —respondió, avergonzada.

—¿Y tú qué te cuentas?

—Dame un segundo —pidió, apartándose el teléfono de la oreja y, cubriéndolo con la mano para saludar a Elba, quien en ese momento entraba por la puerta de la redacción.

—Buenos días, Elba.

—Hola, Vero. Cinco minutos y nos tomamos un café, deja que suelte el bolso y la chaqueta, ¿de acuerdo?

—Cinco minutos. ¡Perfecto!

Volvió a colocarse el auricular y se disculpó con Efrén por haberlo dejado colgado.

—Tu chica ya está aquí. ¿Quieres que te la pase?

—Elba no es mi chica —apuntó.

Verónica sintió que el suelo se movía bajo sus pies. «¡Adiós, culpabilidad!».

—Es mi amiga, ese es parte del problema.

«¡Hola, posibilidades!», pensó, sonriendo como un bobo.

—No tengo la más remota idea de lo que dices —confesó, desconcertada y, ¿feliz?—. Creía que tú... Que ella... Que vosotros.

—No te preocupes. Prometo explicártelo todo. Ahora pásame con Elba, por favor, pero antes, Ricitos, por si te lo preguntas, y no me refiero a nivel periodístico, quiero que quede claro que estoy soltero y sin compromisos.

¡Fabuloso!, pensó Verónica con una sonrisa de oreja a oreja. Hasta que se acordó de la legión de fans que tenía Efrén Ventura, uno de los músicos más carismáticos del país, y la ilusión cayó a trozos a sus pies. Soltero y sin compromiso, pero ¿por cuánto tiempo podía estarlo alguien como él?

Capítulo 1

Algunos meses después.

Eran pasadas las tres de la mañana y al día siguiente iba a tener que madrugar. El autobús tenía previsto recogerlos en la puerta del hotel a las ocho de la mañana para que llegaran a tiempo a Bilbao, el último punto en su gira española de conciertos. Aunque antes debían hacer una parada en Madrid para grabar un programa de televisión al que habían sido invitados, y que cerraría la gira que había llevado a Circunstancias Atenuantes a lo largo y ancho de España y por algunos países de Sudamérica.

No obstante, a pesar de que el día se presentaba imposible, Efrén no tenía ganas de colgar el teléfono y terminar con su conversación. Llevaba horas hablando con Verónica, la becaria que trabajaba con su amiga Elba Vilanova en el periódico *El cronista valenciano*, y, a pesar de ello, sentía que todavía tenía cosas que decirle:

—Por primera vez, y sin que sirva de precedente, he de reconocer que estoy de acuerdo contigo. Hay varios músicos británicos que pueden considerarse los padres del concepto musical que hoy adoptamos los nuevos grupos de rock.

Se escuchó una risilla contenida a través de la línea telefónica.

—¿Te ha dolido mucho? —bromeó ella—. Darme la razón, quiero decir. Estoy segura de que se te ha escapado una lágrima de pesar.

Efrén se encogió de hombros y sonrió silenciosamente, como si Verónica fuera capaz de verlo o de adivinar sus gestos.

—Si he de serte sincero, menos de lo que había esperado.

—Eso está bien, poco a poco vas dejando de ser tú para convertirte en una nueva persona, menos divo y más maravilloso y accesible —se burló, siguiendo con la broma.

—¿Estás insinuando que antes de conocerte no era maravilloso ni accesible?

—Puede ser...

—Verónica, eres demasiado crítica con mi pobre ego masculino. Mañana voy a ser incapaz de subirme a un escenario y afinar una sola nota, mi manager me echará la bronca y mis compañeros se desharán de mí, con lo que ya no tendrás que preocuparte por mi actitud de divo.

Las carcajadas que brotaron por el teléfono hicieron que el estómago de Efrén le diera una sacudida de advertencia. Se la imaginó en pijama, con sus rizos rubios rozándole los hombros, los ojos brillantes por la risa, la boca ligeramente entreabierta...

El sonido de su voz lo devolvió a la realidad de su solitaria *suite* de hotel.

—Respondiendo a tu sinceridad me retracto de mis acusaciones anteriores. Eres el divo menos divo que conozco.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Que para ser quien eres no eres nada creído —concedió, sin un ápice de burla en su voz—. Y créeme si te digo que tengo cierta experiencia con músicos engreídos y prepotentes. Te sorprenderías.

—Gracias. Eso ha sido lo más amable que me has dicho nunca —la pinchó él, sintiéndose más cómodo con el velado coqueteo que con la sinceridad brutal, detalle en el que no había querido pensar mucho por temor a lo que pudiera significar.

—Eso no es cierto —protestó ella.

—¿Ah, no? Pues refréscame la memoria, porque no recuerdo ninguna conversación en que me dijeras algo bonito.

—¿Buscas halagos?

—¡Siempre! Soy un divo, ¿recuerdas?

La confesión volvió a hacerla reír.

—De acuerdo, en ese caso te diré... que cantas muy bien —improvisó Verónica, recurriendo a lo más obvio.

—Eso no me sirve.

—¿Por qué? No hay duda de que es un halago.

—No lo es. Es la constatación de un hecho. Canto muy bien y todo el mundo es consciente de ello, de ahí mi legión de fans.

—Ahora sí que retiro lo de que no eres una superestrella. Eres un presumido —lo acusó, a pesar de que se reía.

—Las chicas son presumidas, yo soy vanidoso —se quejó, no contento con el término escogido.

La conversación siguió en la misma línea durante media hora más. Hasta que Efrén escuchó a Verónica bostezar y se sintió culpable por haberla retenido durante tanto tiempo al teléfono. Al fin y al cabo ella también tenía que trabajar al día siguiente o, siendo justos, en unas pocas horas. La diferencia entre ambos era que él pensaba darse una cabezadita en el autobús, y Verónica tendría que aguantar su jornada laboral sin descansos.

—¿Vendrás al concierto de Valencia? —preguntó, antes de colgar.

—Imposible, ya no quedan entradas.

—¿En serio? ¡Vaya! ¡Qué maravilla!

—Sí, es genial —comentó Verónica, confusa por su euforia.

—No me refiero a que no puedas venir, sino a que ya no haya entradas. En cualquier caso tú no las necesitas. Puedo hacerte llegar un pase vip, y quizás puedas venir con Elba y con Max. Van a venir todos y hay algo que... Bueno, ya lo verás. ¿Vendrás?

—Sí. Supongo que podría ir... —aceptó, recordando la primera vez que había aceptado una de sus invitaciones.

Desde que había comenzado con su amistad con Efrén se habían visto en persona tres veces. En la primera de ellas habían quedado para tomar un café, aprovechando que la gira de Circunstancias Atenuantes les había llevado a Valencia para los conciertos de Fallas.

La idea de quedar a solas con él la había aterrado tanto que a punto estuvo de pedirle a Carla, su prima y mejor amiga, que la acompañara hasta la cafetería. Después de todo, Carla era una ferviente seguidora del grupo y la amiga más fiel que nadie podría encontrar. Le daría apoyo moral y evitaría que metiera la pata con el hombre más sexy y romántico que había conocido en su vida.

Carla era la hija de su tía Irene, la hermana de su madre y, a pesar de que tenía tres años más que ella, desde siempre habían sido inseparables. Trabajaba como fisioterapeuta en un importante hospital para deportistas, y al mismo tiempo disponía de una consulta en su propia casa. Verónica estaba convencida de que su prima disfrutaba torturando a sus pacientes o, al menos, disfrutaba con aquellos que le caían peor. Tenía un carácter fuerte, algo que la gente que la veía por primera vez, toda ojos, grandes y dorados, cabello rojo y sonrisa dulce, no se esperaba. Y haciendo gala de ese carácter se había negado a acompañarla a su encuentro con Efrén.

—No puedo creer que me lo pidas, pero tampoco puedo creer que te esté diciendo que no —se lamentó—. Este va a ser el mayor trauma de mi vida.

—Entonces ven —insistió Verónica.

—No puedo hacerlo. Créeme, ir sola es lo mejor para ti aunque ahora no lo veas.

Por mucho que Verónica insistió no hubo forma de convencerla, y al final se encontró a sí misma sentada en la cafetería, a la espera de que Efrén apareciera.

Se había obligado a vestirse con sencillez, vaqueros, cuñás y un suéter de punto rosa palo que, eso sí, era ceñido como el demonio y con un escote de vértigo.

Tras diez minutos allí sentada sintiéndose tonta, cogió su bolso, que había dejado en la silla contigua, y se levantó para marcharse. De acuerdo, diez minutos era muy poco margen para dar por cancelada una cita, pero ¿quién narices llegaba tarde para tomar café con una chica por la que teóricamente estaba interesado?

Cuando alzó la mirada para arrastrar la silla y marcharse, se topó con los ojos de Efrén, que la observaban entre divertidos y curiosos.

—¿Pensabas dejarme tirado? —preguntó con una sonrisa, al tiempo que se inclinaba sobre ella para darle dos besos.

—En realidad pensaba que habías sido tú quien me había dado plantón.

Su confesión hizo que él sonriera y se sentara frente a ella como si nada hubiese pasado.

—Imposible, Ricitos, yo siempre cumplo mis promesas.

La segunda vez que se vieron, Verónica finalmente se salió con la suya y se llevó a Carla consigo. Circunstancias Atenuantes estaba grabando un videoclip en la playa del Saler en Valencia, por lo que había un gran número de seguidores rodeando la zona vallada, y no resultaba extraño que su prima la acompañara como una fan más.

Para sorpresa de ambas, en cuanto pudieron abrirse paso y acercarse hasta allí alguien de seguridad se acercó hasta ellas y las invitó a acompañarlo. Sin perder tiempo, el tipo de seguridad las llevó directamente junto a Efrén, que las mantuvo alejadas de sus compañeros de grupo y, a juzgar por las miraditas que les echaban los chicos, las primas no supieron si, con el gesto, Efrén pretendía protegerlos a ellos o a ellas.

La tercera vez que salieron fue, sin duda, la más formal de todas. El músico la invitó a cenar en su propia casa, en

el chalet que utilizaba cada vez que el trabajo le permitía disponer de tiempo libre. Estaba situado en una de las zonas más caras de la ciudad, la decoración era elegante y masculina, pero, sin duda, lo que llamaba la atención era el tamaño de la cocina. De hecho había sido él mismo quien había preparado la cena, ya que, según le contó a Verónica, había recibido un par de clases de un amigo que era un gran cocinero. Verónica sonrió por el eufemismo: conociendo la clase de gente que frecuentaba Efrén, seguro que el amigo cocinero que le había ofrecido la clase magistral tenía más de una estrella Michelin.

En cualquier caso la noche no fue lo que Verónica había esperado, y es que aunque el sitio escogido y el humor de ella auguraban nuevos giros en su amistad, Efrén se mantuvo encantador, pero distante, todo lo contrario a como se mostraba con ella en sus interminables conversaciones telefónicas.

—¡Estupendo, Ricitos! Nos vemos en el concierto —dijo, antes de colgar.

Capítulo 2

*Siempre pensé que podría escoger,
pero contigo el peligro se convierte en aliado.
Y la vida es un beso arriesgado que robarte.
A tu lado vendo mi alma y me juego el cora-
zón.
Tu cuerpo es un campo minado que deseo re-
correr,
Sé que estoy loco y no lo quiero remediar.*

EFRÉN VENTURA (CIRCUNSTANCIAS ATENUANTES), *Un
beso arriesgado.*

La noche no estaba transcurriendo del modo en que Verónica había imaginado cuando aceptó unirse al grupo tras el concierto. Lo mínimo que había esperado de alguien que te invitaba a salir era que se acordara de tu existencia o, al menos, que no te ignorara de un modo tan descarado. Sobre todo si unas horas antes se había comportado como la persona más encantadora con la que habías hablado nunca.

Siendo justos, cuando Efrén había espantado a uno de sus compañeros del grupo, que se había acercado para hablar con ella tras el concierto —consiguiendo con ello que el chico no se le volviera a acercar a menos de cinco metros— se encendió una diminuta llama de esperanza que se

abrió paso en la aturullada y deslumbrada cabeza de la rubia.

Para su desgracia, en esos instantes se estaba viendo obligada a atajar el pequeño fuego con botellines de agua, ya que no estaba de humor para probar ninguno de los cócteles que el restaurante ofrecía a sus famosos comensales.

Hacía tan solo unos meses que había quedado con él para cenar y, si bien esa velada no había ido como ella esperaba, tampoco la había tratado con la fría cortesía de la que estaba haciendo gala en esos momentos.

Cierto que su amistad era completamente atípica, pero ese detalle no justificaba su actitud de esa noche. A no ser que hubiera conocido a alguien en ese pequeño espacio de tiempo, aventuró Verónica con un nudo en el estómago.

De hecho, si era así, esa no sería la primera vez que acababa metida en medio de una relación de Efrén. En sus primeras conversaciones con él, cuando se quedó prendada de su voz, de su simpatía e ingenio, estaba segura de que era el novio de Elba Vilanova, una compañera de trabajo que con el tiempo se había convertido en una buena amiga, a pesar de la diferencia de edad entre ambas.

Más tarde cuando todo se aclaró, tras complicarse un poco más, descubrió que Efrén era el cantante de Circunstancias Atenuantes, y que entre Elba y él solo había una buena amistad. Después de eso llegaron las llamadas directas a su teléfono, y ella jamás le preguntó cómo había conseguido su número: supuso que era cosa de su amiga común y lo aceptó, más encantada que molesta.

Después de todo, Efrén tenía una voz preciosa a través del hilo telefónico, era divertido y lo suficientemente inalcanzable como para no dejarse llevar por los sueños románticos que él le inspiraba. Por lo que, haciendo caso a su sentido común, se limitaba a apreciar y disfrutar de la camaradería que él le ofrecía. Hasta esa noche: justo en el instante en que fue consciente de que quizás Efrén había